

(Transcripción)

mayo de 1999

Palabra de Vida

"El que me ama será amado de mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él" (Jn 14,21)

En el último discurso de Jesús, el amor está en el centro; el amor del Padre por el Hijo, el amor por Jesús que es cumplimiento de sus mandamientos.

A los que escuchaban a Jesús no les costaba reconocer en sus palabras un eco de los Libros Sapienciales: "El amor es la observancia de sus leyes"¹ y "fácilmente la contemplan - la Sabiduría - los que la aman"². Y sobre todo, ese manifestarse a quien o ama encuentra su paralelo en el Antiguo Testamento en el libro de la Sabiduría (*Sap* 1,2) donde se dice que el Señor se manifiesta a los que no desconfían de él.

Ahora bien, el sentido de esta Palabra de vida que proponemos es: El que ama al Hijo es amado por el Padre, y es a su vez amado por el Hijo que se manifiesta a él.

"El que me ama será amado de mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él"

Tal manifestación de Jesús, sin embargo, requiere amar.

No se concibe un cristiano que no tenga este dinamismo, esta carga de amor en el corazón. Un reloj no funciona, no da la hora - y se puede decir que ni siquiera es un reloj - si no está cargado. Así un cristiano, que no esté siempre en la tensión de amar, no merece el nombre de cristianos.

Y esto porque todos los mandamientos de Jesús se resumen en uno solo: en el de amar a Dios y al prójimo, en el que ver y amar a Jesús.

El amor no es mero sentimentalismo sino que se traduce en vida concreta, en el servicio a los hermanos, especialmente, a los que tenemos al lado, empezando por las pequeñas cosas, por los servicios más humildes.

Dice Charles de Foucauld: "Cuando se ama a alguien, se está realmente en él, se está en él con el amor, se vive en él con el amor, ya no se vive en sí, uno está 'desapegado' de sí, 'fuera' de sí"³.

Y por este amor se abre paso en nosotros su luz, la luz de Jesús, según su promesa: "A quien me ama... me manifestaré"⁴. El amor es fuente de luz: amando se comprende más a Dios que es amor.

Y esto hace que amemos aún más y profundicemos en la relación con los prójimos.

Esta luz, este conocimiento amoroso de Dios es, por tanto, el sello, la prueba del verdadero amor. Y se puede experimentar de varios modos, porque en cada uno de nosotros la luz asume un color, una tonalidad suya. Pero tiene características comunes: nos ilumina la voluntad de Dios, nos da paz, serenidad y comprensión cada vez más nueva de la Palabra de Dios. Es una luz cálida que nos estimula a caminar por la senda de la vida de una manera cada vez más segura y eficaz. Aunque las sombras de la existencia nos hagan incierto el camino, aunque, además, la oscuridad nos bloquee, esta Palabra del Evangelio nos recordará que la luz se enciende con el amor y que basta un gesto concreto de amor, por pequeño que sea (una oración, una sonrisa, una palabra) para darnos ese rayo que nos permite ir adelante).

¹ *Sap* 6,18.

² Cf *Sap* 6,12.

³ CHARLES DE FOUCAULD, *Escritos Espirituales*, VII, Ciudad Nueva.

⁴ Cf *Jn* 14,21.

Cuando se va en bicicleta por la noche, si nos paramos se nos echa encima la oscuridad, pero si nos ponemos a pedalear de nuevo, la dinamo dará la corriente necesaria para ver el camino.

Así sucede en la vida: basta volver a poner en marcha el amor, el verdadero, el que da sin esperar nada, para encender de nuevo en nosotros la fe y la esperanza.

Chiara Lubich